

Ciudadanos del mundo: diálogo entre Aristóteles y Alejandro Magno

El siguiente texto es un debate entre Aristóteles y Alejandro Magno. De hecho, esta conversación pudo haber ocurrido en la realidad, porque presenta el pensamiento que defendían estos personajes. Por último, al situarse en una época tan antigua, evidencia un problema que abarca desde principios de la historia hasta nuestros días: la crisis de la emigración.

Como todas las mañanas, tocaba lucha. Estaban peleando, hasta que, de repente, uno de ellos recibe un puñetazo en la boca del estómago. Se desploma, cae abatido en la arena del cuadrilátero. La sangre que brota de su boca empapa la suave arenisca de donde se enfrentaban. Enfadado, se pone en pie y exclama:

-¡Tramposo! ¿Todavía no eres consciente, siervo mío, de que esto es lucha grecorromana? ¡Por qué me subestimas, inútil!

Extendió su brazo y abrió la mano. Mientras la dirigía hacia la cara del contrincante, alguien le interrumpió:

-¡Alejandro, para ya! Aunque seas joven debes aprender a ser fuerte, eres el primogénito de un gran emperador. ¿Cómo esperas sofocar motines y rebeliones durante tu gobierno, si no tienes la base necesaria para hacerlo? De todas formas, ya ha acabado el entrenamiento físico de hoy, y bien sabes que toca sesión de filosofía. Discúlpale y ponte la túnica.

Mientras el profesor, Aristóteles, llamaba a unos copistas, Alejandro se limpiaba la sangre que le fluía por el pecho. Finalmente, ya preparado, le preguntó a su maestro:

-¿De qué vamos a hablar hoy?

Aristóteles le contestó:

-Hoy toca hablar de un tema muy importante, imprescindible para tu buena formación como gobernante. Discutiremos sobre la ciudadanía y la emigración. ¿Pero antes de debatir, qué piensas sobre el concepto de ciudadanía?

- En mi opinión, cada uno de nosotros, por el hecho de haber nacido, somos sujetos de derechos; por consiguiente, a todos los hombres se nos debe considerar ciudadanos. Pero el hecho de ser ciudadano también conlleva que todo individuo cumpla una serie de

obligaciones. Lo anterior se manifiesta, en gran medida, en el interés por la vida política y el bien común de tu país, según las capacidades de cada persona.

Ante este argumento, el gran sabio protestó:

-Creo que tienes un buen sentido común, pero te equivocas en ciertos aspectos. El ciudadano es “quien tiene la posibilidad de participar en la función deliberativa o judicial de su comunidad política”. Debido a esto, se llama principalmente ciudadano al que participa de los honores públicos; así también dijo Homero: *como a un extranjero privado de honores*.¹ De esta manera, concibo a la extranjería como su no pertenencia a dicha comunidad. Por lo tanto, los derechos del extranjero se pueden ver inhibidos, ya que realmente no existen.

Alejandro, sorprendido por su afirmación, le recriminó:

-¡Pero cómo es posible que digas eso! Entonces, si necesitamos emigrar a otro sitio, por la razón que sea, ¿no seríamos mal vistos por los ciudadanos de ese lugar? Por el hecho de haber emigrado, ¿no nos considerarían más que en meros seres humanos, cuya posesión de derechos depende de si perteneces a tal sitio o no?

-Un extranjero únicamente tendrá derechos cuando sepa adaptarse al sitio en donde se haya asentado. Pero nunca tendrá la misma dignidad que un ciudadano que haya correspondido durante toda su vida a la comunidad política a la que pertenece.

-De esta manera, ¿afirmas que a partir de la promulgación de unos derechos y de tu definición de ciudadano, podemos determinar la dignidad de la persona? Considero que los que crean en esto, han elevado su concepción de ciudadano a la cima, y han banalizado lo más importante: la dignidad humana. Este es el valor intrínseco de toda persona; es la ley suprema que propugna todos nuestros derechos; en definitiva, es lo que nos hace iguales, lo que nos hace humanos. El problema aparece cuando pensamos que ese principio universal depende de factores exteriores, como la clase social o país al que pertenezcas, o según de la “raza” que seas.

Ante esto, el gran sabio no supo qué contestar. Se lo confesó a su aprendiz, y propuso que haría una investigación más profunda acerca del tema. Aristóteles se dio cuenta de que no existía argumento alguno que pudiese refutar lo dicho por Alejandro. Al no haber respuesta, aplazaron la sesión para otro día. De esta manera se podría buscar información para perfeccionar las dos posturas. A pesar de esto, el maestro se convenció de que no

¹ ARISTÓTELES. *Política: Libro III*.

había contestación. La conclusión de este debate había producido una gran conmoción en los dos. No obstante, cuando tenían previsto hablar otra vez, les llegó la noticia de que Filipo II, emperador y padre de Alejandro, había sido asesinado. Así fue cómo el joven tomaría las riendas de Macedonia a los 20 años. Por fin llegó el momento para el cual había sido formado: ser un gran líder.

Conforme pasaron los años, Alejandro se había convertido en un gran guerrero y dirigente del Imperio macedónico. Su figura se había hecho muy popular. Así fue cuando Aristóteles, su gran maestro y consejero, decidió escribirle la siguiente epístola:

Salud, mi viejo compañero

Últimamente me he ido enterando de que has ganado numerosas batallas. Has aprendido bien las tácticas militares, y lo has demostrado destruyendo en tan solo once años el Imperio persa. Sin embargo, siempre sabía que tu destino sería convertirte en un gran guerrero y gobernante.

No obstante, frente a todas estas batallas vencidas, se eleva en mi interior otra enseñanza que me has dado. Cuando me enteré de que has logrado la koiné en todo el imperio, uniendo a todos esos pueblos conquistados y manteniendo el interés en conceder la ciudadanía a todas esas diversas ciudades, supe que eras consciente de lo más importante. Por todo esto, las posteriores generaciones te llamarán Alejandro Magno, y gracias a ti, Macedonia será uno de los mayores imperios de la historia.

Con esta unión, nos has dado a conocer que todos somos ciudadanos del mundo y que nosotros, los seres humanos, no debemos determinar la dignidad de la persona.

Tu fiel consejero, Aristóteles.